

# NOTAS

## **CONTRIBUCION AL ESTUDIO DE LOS ORGANISMOS DE DIFUSION CULTURAL REPUBLICANA DURANTE LA GUERRA CIVIL:**

### **LOS SERVICIOS DE BIBLIOTECAS EN EL EJERCITO POPULAR\***

Es constante entre los historiadores que han dedicado sus trabajos a la Guerra Civil tratar el extraordinario esfuerzo cultural llevado a cabo por las distintas instituciones del gobierno republicano del Frente Popular. Heredero de los esfuerzos reformistas y regeneracionistas de los partidos republicanos, a los que se une el concepto de cultura popular como difusión de la cultura entre las clases menos favorecidas, magnificado por la propaganda propia y denostado por la ajena, resulta difícil discernir cuáles fueron los logros auténticos, pero no así la filosofía que informaba estas actividades.

Aspecto poco conocido es el de los servicios de bibliotecas del Ejército Popular, la nueva máquina de guerra a partir de octubre de 1936 por el gobierno de Largo Caballero. En él se hizo un enorme hincapié en la cultura -una de las más fuertes bazas propangandísticas de la República- por medio de un doble mecanismo: la identificación del enemigo -el fascismo- con la anticultura y la barbarie y la asunción como propia de la causa de

---

\* Este artículo es básicamente el texto de la comunicación presentada por los autores en las III Jornadas Bibliotecarias de Andalucía, celebradas en Córdoba en noviembre de 1983.

la cultura y la liberación de la humanidad. Nos vamos a centrar en tres organismos, unos partidarios y otros institucionales, a través de los cuales se va a canalizar la distribución de libros y la instalación de bibliotecas en las líneas de frente y la retaguardia inmediata o lejana: Milicias de la Cultura, Cultura, Cultura Popular y los Serveis de Biblioteca al Front de la Generalidad de Cataluña.

Las Milicias de la Cultura eran un proyecto acariciado por Jesús Hernández desde su toma de posesión en el Ministerio de Instrucción Pública. Al menos, en unas declaraciones de septiembre de 1936, ampliamente reseñadas en la prensa del momento, planteaba una «cruzada contra el analfabetismo» y decía: «Hay que poner en marcha un verdadero ejército de la cultura. Quiero utilizar como milicianos de esta considerable fuerza intelectual a los maestros, profesores de instituto y de universidad y a todos los hombres de buena voluntad que quieran ayudarnos a desterrar de nuestro país esa plaga de analfabetismo, herencia de la monarquía y punto de apoyo del feudalismo y reacción» (1). Auténtica premonición, o más bien anteproyecto, la idea quedaría plasmada en una O.M. de 30 de enero de 1937 (2), cuyo preámbulo es una buena muestra del ánimo que informaba a sus inspiradores. Por la orden se creaba un cuerpo de «maestros e instructores escolares encargados de dar enseñanzas de tipo elemental a los combatientes necesitados de ellas, en la medida en que lo consientan las necesidades de la guerra y en los lugares adecuados para este servicio aprovechando los momentos de descanso de la tropa». Las Milicias de la Cultura, integradas en lo fundamental por miembros de F.E.T.E., dependieron del Ministerio de Instrucción Pública, a pesar de tener su ámbito de actuación entre los soldados donde realizaron una amplia labor de alfabetización de la que poseemos algunos datos de carácter oficial. La experiencia fue completada con unas Brigadas Volantes de lucha contra el analfabetismo en la retaguardia, creadas por O.M. de 20 de septiembre de 1937 (3).

No vamos a entrar aquí en la labor puramente educativa de las Milicias de la Cultura, ni en su labor alfabetizadora. Si queremos recordar que su labor fue contestada desde sectores socialistas, en concreto por Rodolfo Llopis (4). El sectarismo de los comunistas, sólidamente instalados en el Ministerio de Instrucción Pública, puede hacer comprensibles estas respuestas. No parece que las Milicias de la Cultura tuviesen fondos bibliográficos propios que proveyeran a las bibliotecas instaladas en los frentes y cuarteles, más bien su labor era la de organizadores de los

---

(1) «Interesantes manifestaciones del Ministro de Instrucción Pública», *ABC*, Madrid, 13, septiembre de 1936. Vid. igualmente *Mundo Obrero*, Madrid, 12, septiembre, 1936.

(2) Su preámbulo es una buena muestra del ánimo que informaba a sus inspiradores: «La lucha que el Estado y el Pueblo Español vienen sosteniendo es también, en una parte muy importante, una lucha por la cultura del pueblo. Bajo el fuego mismo de la guerra, los órganos del gobierno legítimo de España han de preocuparse de dar instrucción a aquellos heroicos combatientes del pueblo a los que un régimen de opresión privó de recibir las enseñanzas más elementales en la edad escolar». *Gaceta*, 2, febrero 1937.

(3) *Gaceta*, 21, septiembre, 1937.

(4) «Milicianos de la Cultura», *Adelante*, Valencia, 13, julio, 1937 (Cit. por J. ALVAREZ LOPERERA, *La política de bienes culturales del gobierno republicano durante la Guerra Civil Española*. Madrid Dirección General de Bellas Artes, 1982, vol. I, p. 33).

fondos que podían provenir de incautaciones de bibliotecas de personas desafectas al régimen republicano y los envíos de Cultura Popular. En el primer caso (al que hay que añadir las denominadas «Donaciones») eran los propios milicianos los que organizaban la biblioteca al objeto de que fuese útil para los lectores soldados; en el segundo, con una organización normalizada en origen, se limitarían a servir de asesores culturales, cuando no abiertamente de censores, como nos dejan entrever varios testimonios: «El uso de la literatura política exige especial cuidado: nunca debe ser leída individualmente, pues así evitaremos que el miliciano incurra en ningún error político; por lo tanto, debe ser leída por grupos, con asistencia de un camarada cuyo nivel político puede dar una buena orientación a todas las discusiones.

Sólamante deben leer libros de alto nivel aquellos camaradas que su capacidad política se lo permita» (5).

Como encargados de las bibliotecas situadas en las unidades, los milicianos de la cultura hacían frecuentes memorias de su actividad, pero resulta muy difícil, no sólo realizar una confrontación válida de los datos (ya que carecemos de seriaciones completas) sino también una estimación en profundidad que exige una mayor dedicación monográfica que esta comunicación no permite. Por ello las cifras quedan bailando y aportan una escasa significación ante la ausencia de porcentajes y crecimientos. Valgan algunas estimaciones como muestra: J. Esteve, miliciano divisionario de la 47 División, que tuvo como Comisario al pintor José Vela Zanetti y al escritor y musicólogo Vicente Salas Viu entre sus componentes, nos daba en noviembre de 1937 las siguientes cifras: «Para las bibliotecas han sido adquiridos 262 volúmenes más: 109 en la 69 Brigada, 115 en la 49 y 38 en el Cuartel General.

Lectores: 131 en las secciones de la División, 450 en la 69 Brigada y 229 en la 49» (6), lo cual no parece un porcentaje excesivo a la vista de los efectivos totales de una división. Por su parte, el 4º Batallón de Etapas del Ejército de Andalucía contaba hacia febrero de 1939 con 8 bibliotecas, algunas en forma de «maleta-librería» que era llevada periódicamente a destacamentos y controles. Mientras, el número de libros había pasado de 930 en agosto del 38 a 2.148 en el momento de escribir el informe. (7).

Sólo *Armas y Letras*, portavoz central de las Milicias de la Cultura, da algunos datos globalizadores entre los que podemos destacar las 112 bibliotecas creadas en el conjunto del Ejército Republicano en el mes de agosto de 1937, resaltando las 46 del Centro (Madrid) y la ausencia de Cataluña, tal vez debida a la competencia en este sector de los organismos de la Generalidad (8)... Por otro lado, en octubre del mismo año se habían creado un total de 33 (9).

(5) «Cómo debe funcionar la biblioteca en las trincheras», *Pasaremos*. Órgano de la 1ª Brigada Mixta de Lister, nº8, febrero, 1937, p. 4.

(6) *Nuevo Ejército*. Órgano de la 47 División, Madrid, nº 13, 7, noviembre, 1937.

(7) *Vigilancia*. Revista de la Dirección de Etapas. Comisariado del Ejército de Andalucía, nº 2, enero-febrero, 1937.

(8) Nº 3. Valencia, 1; octubre, 1937.

(9) Núms. 4-5. Valencia, noviembre-diciembre de 1937.

Cultura Popular era una organización de frente populista, nacida a raíz de las elecciones de febrero de 1936. Multipartidista, su proceso de gestación es largo, teniendo como fechas clave las de abril y julio de 1936. Precisamente a partir de la sublevación militar desencadenante de la guerra civil, fue cuando empezó a cobrar auge. Podemos definirla como una organización de «agit-prop» y difusión cultural, ya que por un lado consta su participación en mítines, manifestaciones, actos cívicos, propaganda oral, impresa y artística y, por otro, su más relevante labor será su organización de bibliotecas a lo largo de la guerra civil. Su sección de bibliotecas, dirigida por Teresa Andrés, con sedes en Madrid y Valencia, distribuía las bibliotecas a todo el territorio leal al gobierno republicano, pero será la central de Madrid, la más cercana a los frentes, establecida en la calle de Sacramento, la que mayor actividad desarrolle. Si hacemos caso a sus propios datos, vemos que la biblioteca central de Madrid (a partir de la cual se distribuían los volúmenes entre los frentes y la retaguardia) provenía de las donaciones, fondo de editoriales, compras directas e incautaciones (a través de la Junta de Incautación de Bibliotecas) de las que se separaban los libros dignos de conservar como parte del tesoro artístico. En diciembre de 1936 habían logrado reunir un total de 15.000 volúmenes, de los que alrededor de 1.000 por día eran enviados a los frentes y hospitales, suponemos que de Madrid, con el objeto de su lectura y posterior devolución ya que a ese ritmo, la biblioteca hubiese durado escasamente dos semanas. (10).

El informe presentado en 1938 por la Sección de Bibliotecas de la organización comprende la labor realizada por las dos centrales de Madrid y Valencia entre julio de 1936 y julio de 1937, si bien la de Valencia empieza a funcionar en febrero. Había lotes de 120 libros, catalogados en origen, (y equipos que enseñaban a catalogar a los encargados) que fueron distribuidos en estos periodos hasta totalizar 1097 bibliotecas, de las cuales, tres cuartas partes estaban dedicadas a los cuarteles y frentes, es decir 789. Parece que el principal problema residía en la pérdida de muchas de ellas y la falta de control sobre varias más a consecuencia de las rectificaciones de frentes y el proceso de formación del Ejército Popular, con la disolución de los batallones de milicias en las nuevas brigadas mixtas. Así que de las 1.097 bibliotecas entregadas y 131.780 volúmenes, estaban controladas en aquel momento alrededor de la mitad, es decir, 571 y 68.250; de ellas correspondían respectivamente a cuarteles y frentes, 789 y 487 (11).

Las bibliotecas de Cultura Popular se distribuían en tres escalones: el

---

(10) OTERO SECO, Antonio (A.O.S.). «Cultura Popular. Millares de volúmenes al servicio del combatiente y de los heridos de la guerra», *Mundo Gráfico*, Madrid, 23, diciembre, 1936. Hacia el mes de septiembre se habían repartido en Madrid 190 bibliotecas: *Realizaciones de la España leal. La Sección de bibliotecas de Cultura Popular: un año de trabajo Julio 1936-julio 1937*. Valencia, Edic. de Cultura Popular, 1938, p. 6.

(11) *Realizaciones...*, Op. cit. Vid. asimismo, ANDRES, Teresa, «Cultura Popular y su Sección de Bibliotecas», *Labor cultural de la República Española durante la guerra*. Valencia, Gráf. Vives Mora, 1937. Tirada aparte de *Tierra Firme*, núms 3-4, 1936, pp. 604-606. Los aspectos técnicos y de organización de estas bibliotecas pueden verse en: ANDRES, Teresa, *Indicaciones para la organización de las Bibliotecas de Frentes, Cuarteles y Hospitales*. Valencia, Edic. de Cultura Popular, s.a.

primero de ellos constituye las bibliotecas circulantes en cajas, al cargo del comisario miliciano de la cultura, que estaban destinadas a tropas y unidades en constante desplazamiento; el segundo lo forman las bibliotecas establecidas en los refugios subterráneos, frentes estabilizados y casas cercanas a la línea del frente; el tercero coincide con las instaladas en los «rincones de cultura» de los cuarteles y llegaban a reunir de 1.000 a 1.500 volúmenes. A toda esta organización se añadía un servicio de «bibliobús», recorriendo con frecuencia los pueblos aislados y luego los frentes y que complementaba las pequeñas bibliotecas instaladas en las mismas líneas de vanguardia. En el período 1937-1938, se habían distribuido en las dos centrales de Madrid y Valencia un total de 728 bibliotecas con 87.360 volúmenes en circulación. 470 de estas bibliotecas correspondían al ejército (12). A la vista de estas estadísticas, las 3.000 bibliotecas establecidas en septiembre de 1938, según la afirmación del Presidente de la organización, Angel López Castro, parece una evidente exageración vertida para una entrevista periodística (13), máxime teniendo en cuenta que todas estas cifras son de carácter oficial y están expuestas en folletos (al menos uno de ellos lo es) claramente propagandísticos: no por casualidad hemos consultado una edición francesa destinada con seguridad a la propaganda exterior.

La Generalidad de Cataluña participó a su vez en los organismos de distribución bibliotecaria para los soldados por medio del Servei de Biblioteques del Front, creado por decreto del 17 de febrero de 1937 (14). Su antecedente estriba en una iniciativa de la Asociación de Escritores Catalanes de agosto de 1936, cuando la efervescencia de los frentes de Aragón podía hacer parecer inminente la caída de las capitales aragonesas. Al parecer se alcanzaron 16.000 volúmenes en circulación. La institucionalización del servicio lo convirtió en una especie de Cultura Popular catalana. Sabemos que surtía, como aquella, los frentes y hospitales, que tenía relaciones con el Servicio de Bibliotecas Populares de la Generalidad y que adoptó una organización a base de centrales, subcentrales y bibliotecas de avanzada. Hacia fines del primer trimestre de 1937 la central estaba en Barcelona y las subcentrales, respectivamente para los frentes norte y centro y sur de Aragón, estaban situadas en Cervera y Tarragona, contando con unos 10.000 volúmenes cada una. Seis Hospitales de Sangre del Frente: Barbastro, Monzón, Sariñena, Fraga, Caspe y Alcañiz, contaban con 1.000 volúmenes cada uno. Las bibliotecas de avanzada eran 12 en aquel momento, aunque pretendían crear ocho más, servidas por unas librerías móviles de hierro y madera, con capacidad para 250 volúmenes y una veintena de revistas, diseñadas por el G.A.T.C.P.A.C. Confiando en ampliarla, la red estaba compuesta por unas 40 bibliotecas, iniciadas con 20.000 volúmenes (cifra inferior a la resul-

---

(12) *Bibliothèques du front et de l'arrière en Espagne Républicaine (1937-1938)*. Barcelona, Editions Espagnoles, s.a., pp. 25-30.

(13) GALERÓN EGANA, A. «Cultura Popular al servicio del Pueblo Español», *Blanco y Negro*, Madrid, 15 septiembre, 1983.

(14) *Diari Oficial de la Generalitat de Catalunya*, 21, febrero, 1937.

tante de sumar todos los parciales), siendo definidas como los «Gases que Cataluña prepara para obtener la victoria» (15).

Algunos meses después, en concreto el 6 de agosto de 1937 (16), se creaba una extensión del servicio para Madrid, aunque ignoramos su desarrollo que bien pudo haberse quedado sobre el papel, a excepción de la red de Llars y Casals del Combatent Catalá establecidos por el Comisariado de Propaganda de la Generalidad y que tuvieron una cierta vigencia en los frentes del centro. Así, el 13 de septiembre del mismo año, se crean los «Serveis de Cultura al Front», especie de organización cultural, paralela y complementaria de las Milicias de la Cultura y demás organismos culturales del Ejército Republicano, aunque, en cierto modo, superada a ellos (17).

La situación en octubre de 1938 presentaba un claroscuro en el que cabe destacar en el aspecto negativo el bombardeo de la central de Barcelona el 17 de marzo y, en el positivo, la cifra de 55.000 libros repartidos y el establecimiento de un servicio de bibliobús que había distribuido un total de 15.666 volúmenes hasta ese momento. Se destaca también que los libros distribuidos por la central eran aproximadamente la mitad que los del bibliobús y en mucho menos tiempo. Lo cierto es que se intentaba reorganizar el servicio después de la caída de Alcañiz y Sariñena, lugares donde fueron situadas las subcentrales después de su primera ubicación en Cervera y Tarragona (18).

Sabemos por testimonios nacionales que la labor cultural y propagandística en el Ejército continuó hasta el último momento y, propaganda y cultura nunca estuvieron claramente delimitadas, podemos afirmar que uno de los aspectos más interesante del Ejército Popular fue la difusión de la educación y, como dice Michael Alpert, «carece de importancia que gran parte de ello se hiciese con la finalidad de que los alfabetizados fuesen más permeable a la propaganda escrita». (19).

MIGUEL ANGEL GAMONAL TORRES  
Y JUAN FRANCISCO HERRANZ NAVARRA

---

(15) TRABAL, Francisco. «Servicio de Bibliotecas del Frente», *Nova Iberia*, Barcelona, núms. 3-4, marzo-abril, 1937. Véase del mismo autor, «La guerra i els llibres», *Catalans*, Barcelona, n° 11, 30, mayo, 1938.

(16) *Diari Oficial de la Generalitat de Catalunya*, 15, agosto, 1937.

(17) *Diari Oficial de la Generalitat de Catalunya*, 16, septiembre, 1937. Una de las funciones culturales de los Serveis de Cultura al Front consistía en «intesificar, dintre un pla de conjunt, e Servei de Biblioteques al Front ja existent. Els Serveis actuaran d'acord amb el Secretariat de l'institut de Lletres Catalanes i el Servei Central de Biblioteques de Catalunya».

(18) «El Servei de Biblioteques del Front de la Generalitat de Catalunya», *Meridià*, Barcelona, 7 octubre, 1938. Vid. también: «Cataluña y la guerra. El Servicio de bibliotecas para el Frente», *Blanco y Negro*, Madrid, junio, 1938.

(19) *El Ejército Republicano en la Guerra Civil*. Paris, Barcelona, Ruedo Ibérico, Ibérica de Ediciones y Publicaciones, 1977, p. 227.